

EL ASESINATO DE LA FAMILIA LEFEBVRE

Por María Luisa Rey
San Carlos Norte.

Cuando era pequeña vivía en el campo y nuestra casa se comunicaba a través de una puerta con la de mis abuelos paternos, el nono Fernando Rey y la nona Dominga Simonazzi que me mimaron y consintieron tantas veces. De ellos guardo y atesoro imborrables recuerdos de mi infancia.

Ambas casas compartían un gran espacio al que todos llamábamos “el patio de los naranjos”. Estaba cercado por un tapial adornado con plantas de hiedras, destacándose las rojas flores de achiras. Los naranjos, otrora sembrados por semillas, eran altos y añosos. El piso de tierra siempre estaba prolijamente barrido y había senderos marcados por plantas de charol y lazos de amor. También había viejos maceteros con helechos espárragos o malvones de diferentes colores. Las estaciones se diferenciaban mucho entre sí y el calor reinaba en las tardes estivales.

Recuerdo un día de verano, a la hora de la siesta, mi madre me había advertido: - ¡No se te ocurra salir a la hora de la siesta, con este calor ...! ¡Es la hora en que salen las iguanas!

Pero esa tarde desobedecí a mi madre. Aprovechando el silencio reinante, salí sigilosamente de la casa y fui al patio de los naranjos, a cuya sombra, sentado, dormitando en su sillón de mimbre estaba el nono Fernando. Me senté en su falda y le pedí que me contara una historia´.

Y el nono comenzó su relato....

“Hace muchos años, en los primeros tiempos de la Colonia, en este lugar vivían mi abuela, mi padre, dos tíos y una tía. Habían venido de Francia, en barco. Había otra familia de franceses que eran vecinos: la familia Lefebvre. Una tarde, casi a la hora del crepúsculo, mi abuela fue de otra familia francesa, que vivían un poco más lejos, en busca de un remedio casero porque su hija estaba enferma. Al regresar y pasar enfrente de la casa de los Lefebvre vio a dos hombres a caballo que no le gustaron nada. Volvió a la casa muy asustada porque tenía miedo que vengan a robar o tener malas intenciones. Mi tío Vicente estaba muy intranquilo. Le pareció escuchar gritos, entonces él y mi padre que se llamaba Javier salieron rumbo a la casa de los Lefebvre. Cuando llegaron allí encontraron muertos al Señor Lefebvre, a la señora de Lefebvre, a un hijo de 7 años y a una joven que ayudaba en la casa. ¡Fue una verdadera masacre!! Se habían salvado un hijo de cinco años que se había escondido y una niña de meses, que estaba en los brazos de su mamá, la señora Lefebvre.

Los colonos se enfurecieron y salieron todos rumbo a San Jerónimo del Sauce, a caballo, en busca de los asesinos. Allá vivía el Coronel Denis, que era un indio y se decía que protegía a esos bandidos. Los colonos no encontraron a los asesinos y entonces buscaron al coronel. Pensaban que Denis no quería entregarlos. Hubo un enfrentamiento entre los indios y los colonos que terminó con la muerte del coronel Denis.”

A mí me encantaba escuchar los cuentos y viejas historias que me contaba el nono, pero el asesinato de la familia Lefebvre siempre me intrigaba y fascinaba. Muchas veces le pedía que me la contara nuevamente- Además, en la casa familiar estaba el trabuco que perteneciera al Coronel Denis, y cada vez que lo veía, además de inspirarme un sentimiento de temor, era inevitable no pensar en la familia Lefebvre.

Con el correr de los años pude conocer a través de los historiadores y sus libros los hechos acaecidos en los albores de la Colonia, más precisamente, la noche del 15 de octubre de 1869. y que yo desde niña había escuchado por transmisión oral, ya que mi abuelo nació siete años más tarde de ese acontecimiento y a él seguramente se lo contaban su padre y sus tíos.

A pesar del tiempo transcurrido de aquellos tiempos, la historia y asesinato de la familia Lefebvre, contada por mi nono, acude reiteradamente a mi memoria. Cuando hablamos o leemos sobre las primeras familias de San Carlos Norte, o de los primeros tiempos de la Colonia San Carlos. O cuando veo en la biblioteca "El cielo de Jeremías" - libro que habla de la persecución del colono suizo acusado del asesinato del Coronel Denis, llamado Jeremías Magín.

Hace muy poco tiempo, (27 de febrero de 2021) en el suplemento NOSOTROS del diario *El Litoral*, Soledad Adjad escribía sobre un jardín de flores comestibles. Dentro de esas flores estaba la de "BORRAJA". Leer ese nombre me trasladó nuevamente al 15 de octubre de 1869, a la hora del crepúsculo. Borraja era la planta que mi tatarabuela, Julie Cornier de Rey, buscó de la familia francesa que vivía un poco más al norte de la familia Lefebvre para preparar un té a su hija que estaba enferma. Una querida amiga, Norma Battú, en su libro *Paraíso y Ñandubay* describe el episodio "Masacre en la Colonia San Carlos" (pág. 84-92) haciendo mención a las hojas de borraja que Julie Cornier buscó para preparar el té a su hija. Era la primera vez que yo escuchaba hablar de esa planta y agradezco haberla conocido a través de esas páginas. Y gracias a ese episodio narrado por Norma, pude también descubrir que la familia francesa que vivía un poco más al norte de los Lefebvre era la familia de Máximo Didier, ancestros de la autora de *Paraísos y Ñandubay*.

El trabuco del Coronel Denis estuvo en poder de mi familia, de generación en generación, hasta que San Jerónimo del Sauce tuvo su propio museo y mi padre se los entregó ya que era el sitio indicado para resguardarlo. A ellos les pertenecía.

Con el tiempo y gracias a datos aportados por familiares de los Lefebvre, especialmente miembros de la familia Pasquier de la Alta Saboya, quienes han hecho un trabajo de investigación excelente sobre la genealogía de la familia Pasquier, pude seguir tejiendo la historia que tanto me intrigaba y aún lo sigue haciendo. ¿Qué había sucedido con esos niños que se salvaron de la masacre?, Descubrí que los niños que habían quedado huérfanos se llamaban Mathilde de 9 meses de edad y Luis de 5 años. Luego del asesinato de su familia, estuvieron un tiempo con familiares de la señora Lefebvre, en San Carlos (familia Place-Favre). Luego fueron llevados a Buenos Aires y de allí en barco a Francia hasta Amiens, cuna de la familia Lefebvre, que se hizo cargo de los niños.

Finalmente, Mathilde fue criada en el seno de una familia amiga de los Lefebvre: la familia Leroy y Louis quedó con los Lefebvre.

Mathilde se casó con Henri Giegen. Vivían en París y tuvieron tres hijos: Ivonne, Louis y Simone Elise, a quien llamaban Lily.

Lily contrajo matrimonio con Ernest Lefebvre que había nacido en Salles dans le pays de Calais (norte de Francia). Ernest no tenía lazos familiares con Henri Lefebvre, asesinado en 1869 en San Carlos. Ernest, participó en la guerra de 1914. Al regresar de la guerra se casó con Marthe Paqué, quien falleció al poco tiempo de nacer su hija Antoniette Lefebvre.

Ernest y Lily se casan en Amiens el 15 de marzo de 1927 y tienen dos hijos: Jean Louis y Jacques Lefebvre. Antoniette se cría con ellos....

Ernest, después de la guerra, donde había perdido una pierna, fue empleado bancario. Primero en el norte y luego en Poitiers.

Hacia 1950, Simone (Lily) Giegen escribe a familiares de San Carlos para conocer detalles de lo sucedido con sus abuelos Henri Lefebvre y Louise Bibiane Place. Gracias a la familia Pasquier he recuperado dos cartas enviadas a Lily contando lo acaecido. Ambas cartas tienen algunas diferencias entre sí. Pero más allá de las diferencias, lo que realmente es importante –al menos para mí- es que los hechos contados en esas cartas coinciden con aquella historia que me contara mi abuelo. Más grande aún fue la emoción que sentí en el mes de diciembre del año pasado, cuando gracias a mi entrañable amiga Cécile Hugon, pude tomar contacto con Jacques, el nieto de Mathilde, la bebé que se salvó de la masacre en los brazos de su madre.

Jacques es un sacerdote de 89 años, que tiene la dificultad de poder leer claramente por problemas de visión. Pero su estado de salud es excelente. Hasta no hace mucho tiempo aún conducía su automóvil. Me causa gran placer hablar con él e intercambiar algún detalle sobre esta historia que nos une. A pesar de que el destino hizo que nuestras vidas tomaran distintos caminos, en países distantes, siento que tenemos un pasado en común. Su bisabuelo era amigo y vecino de mi bisabuelo y sus hermanos. Vicente Rey y Henri Lefebvre habían llegado a la Colonia en enero de 1860. Juntos habían ido a la Banda Oriental del Uruguay y trabajaron en un saladero un corto tiempo, regresando luego a San Carlos a causa de una revolución- así contaba mi abuelo Fernando.

¿Y entonces ahora me pregunto qué hubiese sido de nuestros destinos si Vicente y Henri permanecían en el país vecino? Mi tatarabuela, Julie Cornier de Rey y sus otros hijos que llegaron a la colonia en 1865 hubiesen ido a Uruguay...nada sería igual....

Aunque somos los protagonistas de nuestra historia todos tenemos un destino. La vida está llena de bellas oportunidades, aunque a veces hay razones que nos impiden aprovecharlas. En estos momentos, quisiera que la pandemia que azota al mundo entero se detenga para poder volver a visitar a mi Francia y Saboya tan queridas, pero, sobre todo, quisiera que el Señor me dé la oportunidad de visitar a Jacques y conocerlo personalmente. Tenemos algo del pasado que nos recuerda que nuestros bisabuelos vinieron desde Francia en busca de cielos más clementes y un mejor porvenir, teniendo fortunas diversas. En nuestras charlas telefónicas compartimos la misma Fe y hablamos de la difícil situación que les tocó vivir a los colonos reconociendo que todos los protagonistas han sido víctimas de aquella parte de nuestra historia. Y ahora, 160 años más tarde| que estos inmigrantes franceses llegaran a la Colonia San Carlos, un miembro de la familia Lefebvre y de la familia Rey (cuarta generación) se vuelven a encontrar más allá del tiempo transcurrido y la distancia.

María Luisa Rey

